

IDILIO VI.

Bella me pareció la barba mia  
Cuando ayer me espejé en el mar sereno,<sup>5</sup>  
Y mi única pupila hermosa ardía;  
Mis dientes reflejábanse de lleno  
Y al Páριο mármol su candor vencía.  
Contra el hechizo me escupí en el seno  
Cual me enseñó la vieja Cotitara<sup>6</sup>  
Que en Hipoconte al segador cantara.

Al terminar Dametas, abrazando  
A Dafnis, le ofreció con gran contento  
Una zampoña; y á su vez tomando  
De aquel un caramillo, su instrumento  
Ambos hicieron resonar, saltando  
En derredor las vacas al concontento;  
Y ni el uno ni el otro la victoria  
Pudo alcanzar: de entrambos fué la gloria.



IDILIO VII.

LAS FIESTAS TALISIAS

O  
EL VIAJE DE PRIMAVERA.

ARGUMENTO.



ALLANDOSE Teócrito en la Isla de Cóos, es invitado á las Fiestas Talisias, celebradas en honor de Céres, por sus amigos Frasidamo y Antígenes. En el camino encuentra al poeta Lícidas, de Cidonia en la Isla de Creta, y se empiezan á contar sus respectivos amores en cadenciosos versos. Daniel Heinsio llama á ésta *la Reina de las Eglogas*.

AL SR. D. JOSE SEBASTIAN SEGURA.

Léjos de la Ciudad, hácia el Halentes  
Eucrito y yo marchábamos un día;  
Y en el camino se añadió á nosotros,  
Alegre compañero, el buen Amintas.

Con pompa preparaban Frasidamo  
Y Antígenes á Céres las Talisias; <sup>1</sup>

IDILIO VII.

Ambos á dos progenie de Licope  
Si vástagos aún restan de Clicia;

Y de la noble sangre del glorioso  
Calcon, que la sin par fuente Burina<sup>2</sup>  
Hizo brotar con su robusta planta  
Hincando en el peñasco la rodilla;

¡Hermoso manantial! en cuyo borde  
Frondosos olmos y álamos crecían  
Con sus copas formando espeso bosque  
Impenetrable al Sol de mediodía.

Ni á la mitad siquiera de la jornada  
Llegábamos aún, ni de Brasila<sup>3</sup>  
Se divisaba el célebre sepulcro,  
Cuando ilustre viajero á nuestra vista

Se presentó de súbito, á las Musas  
Grato, y de la Cidonia maravilla;  
Lícidas se llamaba, y de cabrero  
El oficio en sus campos ejercía.

Y á la verdad que nadie atribuyera  
Al caminante profesion distinta:  
Cabrero pregonábanlo de léjos  
Todo su porte y pastoril ropilla.

IDILIO VII.

De piel hirsuta de velluda cabra  
Llevaba al hombro cándida pelliza  
Oliendo á queso, y le abrigaba el pecho  
Vetusta capa de cordon ceñida.

En su derecha mano se miraba  
Curvo cayado de silvestre oliva;  
Y me llamó mirándome amistoso  
Con ojo vivo y su habitual sonrisa.

“Dónde diriges (dijome) tus pasos  
Bajo el Sol meridiano ¡oh Simiquida!  
Reposan las alondras de alta cresta,  
Duerme en las cercas ya la lagartija.

“¿A algun convite acaso te apresuras?  
¿O á pisar la uva en el lagar caminas  
De algun amigo? Tus herradas suelas<sup>4</sup>  
Sobre las piedras al andar rechinan.”

Y yo le respondí: “Lícidas caro:  
De que eres habilísimo flautista  
Entre zagales corre y segadores  
La fama, y en verdad me regocija.

“Aunque, á mi juicio, que igualarte puedo  
Me atrevo á asegurar. ¡Ea! La vía  
Que á las Talisias nos conduce es esta.  
Aparejar festividad opima

IDILIO VII.

“A la velada Céres han resuelto  
Nuestros amigos hoy, y gran comida,  
Ofreciendo á la Diosa agradecidos  
De sus cuantiosos bienes las primicias; 5”

“Que este año más que nunca en sus haciendas  
Liberal las cosechas multiplica.  
Y pues ambos llevamos un camino,  
Y á rendir vamos la jornada misma,

“Bucólicos cantares entonemos,  
Que á un buen poeta, otro poeta auxilia.  
Por mis labios también hablan las Musas  
Y vate sin rival en la campiña

“Todos me dicen, aunque no lo creo,  
¡Viven los Cielos, no! que aun no podría  
La flauta superar del gran Filetas,  
Ni del Samnio Sicélides la lira. 6”

“Y solo sé cantar como la rana  
Que entre los grillos disonante chilla.”  
Así le hablé con estudiado acento,  
Y él así replicó, con dulce risa:

“Este baston te donaré. De Jove  
La majestad en tí de veras brilla.  
Odio me causa el arquitecto fátuo  
Que una casa más alta que la cima

IDILIO VII.

“De Oromedonte<sup>7</sup> construir intenta:  
Y de las Musas á la par me indignan  
Las aves, que graznando al gran Homero  
Por emular en balde se fatigan.

“Mas empecemos ya nuestros cantares:  
Yo entonaré primero ¡oh Simiquida!  
Ve si te agrada, amigo, la que há poco  
Forjé en el monte, breve poesía.

“Feliz navegacion á Mitilene  
Conducirá á la bella Ageanata:  
Sea que al declinar de las cabrillas<sup>8</sup>  
El Noto con furor se desenfrene  
Sobre las olas de luciente plata,  
O al Océano toquen tus rodillas<sup>9</sup>  
¡Orion que airoso brillas!  
Si quiere mi adorada  
El alma enamorada  
De su Lícidas fiel librar clemente.  
¡Ay: todo me consume amor ardiente!  
Y Serenarán los mares  
Y aplacarán las ondas,  
Y al Noto y Euro<sup>10</sup> (á quien las algas hondas  
Place mover) alciones á millares,  
De las Nereidas<sup>11</sup> blondas  
El ave favorita,  
Más que otra alguna que en el mar habita.

IDILIO VII.

“A Mitilene la veloce prora  
Dirige Ageanata con arrojo.  
A puerto conducir de salvamento  
Quiera el Cielo á mi Ninfa seductora  
Tras próspero camino; yo de hinojo  
Una guirnalda tejeré contento  
Con rosas ciento y ciento  
O violas ese día  
Que ornén la frente mia,  
Y recostado, el vino de Ptelea <sup>12</sup>  
Libaré junto á ardiente chimenea.  
Asará mi criado  
Castañas en la lumbre;  
De yerbas y apio grande muchedumbre  
Formarán alto lecho; y el dorado  
Cáliz, sin pesadumbre,  
Vaciaré hasta las heces  
De Ageanata á la salud mil veces.

“Me tocarán la flauta dos pastores,  
De Acarnia el uno, el otro Licopita, <sup>13</sup>  
Y Títiro á mi lado en dulce canto  
Celebrará de Dafnis los amores  
Por Xenea, su ninfa favorita.  
Cuál recorría el monte en su quebranto  
Dirá, y el crudo llanto  
Que en la feraz ribera  
Vertían del Himera <sup>14</sup>  
Las encinas, cuando él se derretía

IDILIO VII.

Cual la nieve en la cumbre, á mediodía,  
Del Atos eminente,  
Del Ródope ó del Hemo,  
O allá en el colosal Cáucaso extremo  
Del impío señor dirá igualmente  
Aquel rigor supremo  
Con que en un arca, insano,  
Vivo encerró al Cabrero Siciliano. <sup>15</sup>

“Iba de las praderas cada día  
A la caja, de abejas grato enjambre  
De flores á llevar jugo sabroso,  
Con que la Musa célica ambrosía  
Dulce formando, le calmaba el hambre  
Mojando el labio en néctar delicioso.  
¡Comatas venturoso!  
Una estacion pasada  
Fué el arca tu morada,  
Y diéronte alimento los panales.  
¡Cuánta dicha! ¡Ojalá entre los mortales  
Aún permanecieras  
Viviendo yo á tu lado!  
¡Cuál tus cabras hubiera apacentado  
En los cercanos montes y laderas!  
Y á la sombra acostado  
De un álamo ó de un pino,  
Cantaras tú también ¡pastor divino!”

IDILIO VII.

Terminó su cantar; y yo al momento:

“¡Oh Lícidas (le dije) prenda mía!  
Mi grey apacentando en las montañas  
Mil cosas enseñáronme las Ninfas

“A mi también, tan bellas, que la Fama  
Hasta el trono de Júpiter aprisa  
Las ha llevado con ligeras alas;  
Mas entre tantas dulces melodías

“Hay una sin igual, que en honra tuya  
A recitarte voy, y que es eximia.  
Escúchala benigno, que no ignoro  
Que te son las Piérides amigas.

“A Simiquida plácido estornudo<sup>16</sup>  
De protección en prenda los Amores  
Lanzaron al nacer. Al desdichado  
Ha herido Vénus con arpon agudo,  
Y cual la cabra la estación de flores  
Así ama á Mirta. Arato enamorado  
Busca desesperado  
Esposa que ser quiera  
Su eterna compañera.  
Lo sabe Aristo, Aristo á quien proclama  
Vate sin par la vocinglera Fama,  
Y pulsar en el trípode<sup>17</sup> podría  
La cítara, cuando ama,  
Sin desdeñar Apolo su armonía.

IDILIO VII.

“¡Oh Pan que en el Homola hermoso imperas!

Sin que á buscarla vaya, esposa amante  
Pon en la mano de mi dulce amigo:  
Filina puede ser, ó quien tú quieras.  
Si lo haces, Pan amado, en adelante  
Blanda será la juventud contigo  
De Arcadia;<sup>18</sup> y el castigo  
Que sobre espalda y pecho  
Te aplica en su despecho  
Cuando hay escasa carne en tus altares,  
Prodigándote azotes á millares  
Con las esquilas, pasará al olvido.  
Mas ¡ay si no otorgares  
La gracia que ardentísimo te pido!

“Entonces uñas mil tu cuerpo tierno  
Desgarren sin piedad. Ortigas solo  
Formen tu lecho. El congelado río  
Ebro<sup>19</sup> tu albergue sea en el invierno,  
Y los Edonios montes junto al Polo.  
De la remota Etiopia en el estío  
Te abrase el fuego impío,  
Y en la cueva Blemana  
Del Nilo aún lejana  
Te ahoguen largo tiempo sus ardores.  
Venid vosotros entretanto, Amores,  
Que semejais á Púnica granada,<sup>20</sup>  
Dejando voladores  
De Biblo y Hiétis la región amada.

IDILIO VII.

“Venid, Amores, que elevada estancia  
Teneis en el santuario de Dione,<sup>21</sup>  
Y herid con vuestros arcos á Filina.  
Mata á mi amigo Arato su arrogancia:  
Y su esquivez la ninfa no depone,  
Aunque le digan todos: *Ya declina  
Tu edad, mujer divina,  
Y cual pera, madura  
Va siendo tu hermosura.*  
No hagamos ya á su puerta el centinela,  
¡Oh Arato! Ponga el gallo á otros en vela.  
Luche Molon; para nosotros se hizo  
El sueño; y de mi abuela  
Alejará el conjuro todo hechizo.”

Así canté: como ántes él riendo  
Su báculo me dió, de las divinas  
Musas precioso don; torció á la izquierda  
Y el camino tomó que lleva á Pixa.<sup>22</sup>

Eucrito y yo, de Frasidamo en casa  
Nos hospedamos, con el bello Amintas,  
De junco y frescos pámpanos en lechos  
Mórbidos, olvidando las fatigas.

Sobre nuestras cabezas el follaje  
Los olmos y los álamos movian,  
Y cerca murmuraba un arroyuelo  
Que de un antro manó, sacro á las Ninfas.

IDILIO VII.

Las cigarras su canto en los arbustos  
Con afan redoblaban, de la estiva  
Calor enamoradas; la calandria  
Léjos chillaba allá entre las espinas:

Trinaban las alondras y jilgueros  
Y la cuitada tórtola gemia;  
En torno á los perennes manantiales  
Volaban las doradas abejas.

Todo un verano rico respiraba,  
Todo un fecundo otoño prometia;  
Manzanas mil rodaban á los lados,  
Y á nuestras plantas peras infinitas.

Las ramas se doblaban hasta el suelo  
Cargadas de ciruelas purpurinas,  
Y vino de cuatro años delicioso  
Nos dieron abundante cien vasijas.

¡Oh Castálides Ninfas del Parnaso  
Que risueñas morais en la alta cima!  
¿De Folo en la caverna por ventura  
A Alcides preparó copa tan rica

El anciano Quiron? A Polifemo,  
Aquel pastor de fuerzas inauditas  
Que montañas lanzaba, ¿por acaso  
Lo embriagó del Anapo á las orillas,

IDILIO VII.

Aquella vez que en sus establos loco  
Danzaba con frenética alegría,  
Un néctar semejante al que en las aras  
De Céres Areal libais, ¡oh Ninfas!

¡Ojalá que otra vez pueda mi bielda  
Introducir en su cosecha; y ría  
La Diosa, en ambas manos ostentando  
Manojos de amapolas y de espigas!



IDILIO VIII.

LOS

CANTORES BUCÓLICOS.

A DON GONZALO A. ESTEVA.

ARGUMENTO.

**E**STE Idilio, que lleva el mismo título que el sexto, es en parte narrativo y en parte dramático. MENALCAS desafia á DAFNIS á cantar, y aceptado el reto deposita cada cual como prenda su propia zampoña. Un Cabrero, cuyo nombre no se expresa, decide la contienda en favor de Dafnis. La escena pasa en Sicilia.

La Egloga 7ª de Virgilio se parece mucho á la presente.

DAFNIS, MENALCAS, CABRERO.

Aparentaba Dafnis el hermoso  
Sus bueyes, como es fama, cierto dia,  
Y Menalcas, que el monte cavernoso  
Cuidando sus ovejas recorria,  
A su encuentro salió. La cabellera  
Rubia de entrambos era,